



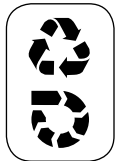
www.loqueleo.com/es

© Texto: 2020, Ana Campoy
© Diseño e ilustraciones: 2020, Álex Alonso
© De esta edición:
2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-388-7
Depósito legal: M-23.910-2020
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2020

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja



Las materias primas utilizadas
en la fabricación de este libro son reciclables
y cumplen ampliamente con la normativa
europea de sostenibilidad, economía circular
y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ana Campoy

FAMILIA A LA FUGA

**EL ATAQUE DE LOS
INVASORES RODANTES**

Ilustraciones de Álex Alonso

loqueleo



LORENZO

Padre de los F.

Amante de la tranquilidad y de su familia. Lástima que MANDÍBULA quiera acabar con las dos cosas.

NORMA

Madre de los F.

Artista del marketing y de los castigos creativos. Sus altas capacidades de organización han salvado a su familia de muchas situaciones complicadas.



GINEBRA

Abuela de los F. Es la persona más exótica que puedas hallar en este expediente. Su lista de cualidades es demasiado larga como para reunirlos en esta ficha. Esconde más secretos de los que imaginas.





MAYA

Hija mayor de la familia F.
Fanática de la lectura y aspirante
a actriz. Cada nueva identidad es un
reto para ella.

LUCAS

Hijo mediano. Tan optimista que se
sale de la gráfica. Es capaz de
adaptarse a cualquier situación.
Alucina con los dispositivos de la
AAA y sueña con que le dejen usarlos
algún día.



FIONA

Hija pequeña. Odia las injusticias y
que le digan lo que tiene que hacer.
Lleva fatal lo de cambiar de
identidad; la que tenía antes
le gustaba muchísimo.



Para Laia, Eline y todos los niños y niñas
que se quedaron en casa.
Porque lo hicisteis muy bien.

CAPÍTULO 1

Si has llegado hasta aquí, si has abierto en esta página y te has dispuesto a leer este libro, es que te interesan los viajes emocionantes.

9

La verdad es que lo comprendo. Este nuevo libro de *Familia a la fuga*, esta cuarta entrega con una cubierta tan chula resulta muy inspiradora. Pero, si además te digo que estás a punto de adentrarte en una aventura de las buenas, una historia llena de giros increíbles y juegos de espías, puede que no seas capaz de cerrar este libro tan fácilmente. Por eso, quedas avisado: cada vez que te atrevas a abrir este ejemplar de *Familia a la fuga*, tienes que tener claro que tardarás en cerrarlo. Puede que te quedes más rato leyendo del que habías pensado. Luego no protestes. ¡Te lo advertimos!



A veces no todo es lo que parece. Y en *Familia a la fuga* eso sucede desde que nuestra famosa familia empezó a esconderse: siempre hay un asunto que escapa a su control. Y yo creo que por eso siguen huyendo. Porque es imposible tenerlo todo controlado, por mucho que se intente. La vida es todo azar y casualidad.

10 Pero no nos pongamos filosóficos. Es mi obligación recordarte lo que ocurre con la familia F. (ese problemita que les obliga a esconderse por todas partes). Y es que la malvada organización Mandíbula quiere capturarlos.

Lorenzo, el padre de los F., tiene información sensible escondida en su cerebro (información que no recuerda, tiene bemoles). El problema es que los Mandíbula se acuerdan perfectamente. No se les olvida que Lorenzo podría ser un peligro en potencia para ellos. Y por eso no cesan en su empeño. Allá donde vayan los F., siempre existe la posibilidad de que aparezca Mandíbula con sus esbirros: los Caninos.

Por suerte, la familia F. cuenta con ayuda desde que se vio metida en este embolado. Menos mal que la Agente Z llegó para hacerse cargo de la situación. Z es la agente que la Agencia de Asuntos Anónimos (AAA) designó

para su caso. Lleva con ellos desde que todo empezó. Y, a pesar de algunas contrariedades, los F. se sienten muy bien cuando ella aparece. Hasta le han tomado cariño, pues juntos han pasado por algunas dificultades.

Así que, una vez que todo está aclarado y que hemos hecho las presentaciones, comenzamos:

La mañana que nos ocupa (quiero decir, la mañana en la que comienza esta cuarta aventura), la Agente Z reunió a todos en un hangar solitario. No se divisaba ningún avión en aquella pista de aterrizaje. A pesar de ello, desde que la Agente Z apareció, las mentes de los tres hijos F. empezaron a volar. Siempre había un poco de misterio cada vez que la Agente Z les presentaba sus nuevas identidades y, tras el último caso, toda la familia estaba ansiosa por un escondite distinto.

11

—Seguro que nos llevan a la playa —había fantaseado Fiona.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Maya.

—Pues porque ya toca. Y porque yo tengo muchas ganas.

—¿Lo harán en avión? —fantaseó Lucas mirando el hangar—. Jo, cómo molaría.



Después de tantos altibajos, los F. necesitaban un poquito de tranquilidad (y, para ser sinceros, un traslado relajante). Aunque nadie dijo nada. Esperaron a que la Agente Z explicara lo que tenía preparado para ellos.

De hecho, cuando la mujer apareció, la familia F. supo que empezaban las sorpresas. Y lo supieron desde el principio, pues, en aquella ocasión, Z no llegaba sola.

12 —Les presento a Lambda, el auxiliar a mi cargo —dijo girándose hacia su nuevo colega.

Lambda (que, como ya habrás adivinado, era su nombre en clave) era un chico muy joven. Mantenía una actitud muy despierta y saludó a los F. de manera atlética. De hecho, estrechaba las manos con tanta energía que casi hacía daño. Maya pensó que su



aspecto era como el de una estatua griega, mientras que Fiona se fijó en su barba, tan poco poblada que solo lucía tres o cuatro pelos en la perilla.

—Lambda está aquí como parte de su entrenamiento —explicó la Agente Z—. Se encargará de ayudarme en todo lo que necesite. Será como mi sombra y, aunque yo le supervisaré en todo momento, no duden en consultarle cualquier cosa.

13

Al oír esas palabras, Lucas dio un respingo de asombro:

—¿Ha dicho «entrenamiento»? —preguntó fascinado—. ¡No sabía que aceptaran agentes nuevos!

—Sí. Aprobé el examen el mes pasado. —Lambda elevó su escasa perilla, muy orgulloso—. Digamos que estoy en prácticas.

—O sea, que nos han mandado a un novato... —murmuró Ginebra.

Norma miró a su madre con complicidad y la Agente Z, que la había oído perfectamente, dio un paso al frente:

—La agencia tiene unas pruebas de reclutamiento muy duras —aseveró de inmediato—. Nuestro personal está muy bien preparado. Pero, como en cualquier empleo, a trabajar se aprende trabajando.



Lorenzo estaba de acuerdo. Al igual que ellos, todo el mundo necesitaba un periodo de adaptación. Dio la bienvenida al muchacho nuevo.

14 Lucas, por su parte, no dejaba de pensar en el tema del reclutamiento. Estaba bastante interesado en eso de las pruebas de selección para entrar en la agencia. ¿Habría un plazo máximo? ¿Una edad mínima? ¿Exigirían cosas como, no sé, hacer el pino? ¿O volteretas? A él las normales se le daban de fábula, pero las laterales no tanto.

—Cuando entras en la agencia empiezas como auxiliar raso —explicó Lambda, que se sabía la lección al dedillo—. Después se pasa a agente, luego a doble agente y más tarde, y solo si eres muy muy pero que MUY bueno, ¡puedes llegar a ser superagente!

Lambda hablaba tan emocionado que conseguía fascinar a todo el mundo. Sobre todo a Lucas, que le miraba sin pestañear.

—¿Y cuándo puedes empezar a hacer todo eso? —preguntó—. ¿Cuándo son los exámenes?

—Hay que ser mayor de edad para presentarse —aclaró la Agente Z—. Y, aunque no quiero desanimarte, hay

que pasar un montón de test psicológicos y de capacidad. El programa de formación es muy exigente.

Lucas se dijo que sabría esperar. Le interesaba mucho formar parte de aquella organización. La Agencia de Asuntos Anónimos manejaba la tecnología más puntera. Habría dado cualquier cosa por que le dejaran llevar uno de esos aparatos tan chulos que los agentes solían prestar a su padre.

15

—No habrá ningún gadget en esta ocasión —respondió la Agente Z—. Pero, en lugar de eso, tenemos una sorpresa.

En realidad, la Agente Z nunca defraudaba. Siempre sabía cómo mantenerlos animados y sin perder la atención.

La mujer avanzó hasta un cuadro de mando y, una vez allí, agarró una palanca muy grande.

—Les presento a su nueva compañera a partir de ahora —dijo bajando la palanca—. ¿A que es estupenda?

Frente a ellos, un foco iluminó la penumbra del hangar. Una luz que apuntaba directamente hacia abajo y que mostraba, de manera muy clara, la nueva sorpresa de la agencia.

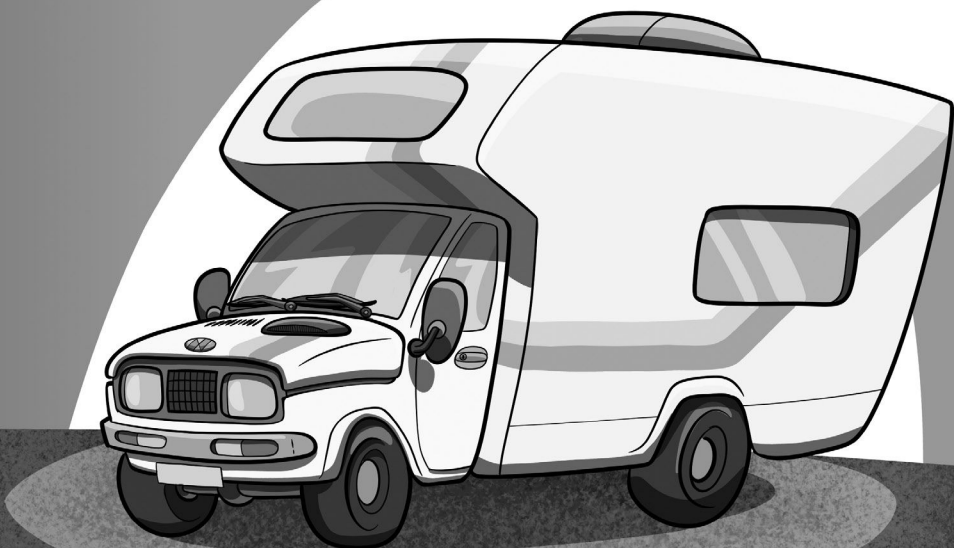




—¡Es una autocaravana! —exclamó Z, al ver que ningún F. reaccionaba—. Este modelo es fantástico y ha dado siempre muy buenos resultados.

Al parecer, lo de la autocaravana no se trataba de una broma y, nada más entenderlo, a todos los F. se les cambió la cara (aunque no precisamente con la misma expresión). Lorenzo se mostró entusiasmado: ¡cuando era pequeño veraneaba en autocaravana! Fiona y Lucas dieron unos cuantos saltos y empezaron a pelearse por quién ocuparía la cama de arriba o la de debajo.

17



Norma se echó una mano a la frente al pensar en la que se les venía encima y Ginebra dijo que estaba ya tan cansada de tanto ajetreo que no se iba a molestar ni en opinar.

18 Todos permanecieron muy quietos. Bueno, todos menos Maya, que miraba de reojo al auxiliar Lambda, encantada con el fichaje que había hecho la agencia. Después de pensárselo mucho, habló muerta de la vergüenza:

—Oye, te pareces muchísimo a alguien... —dijo de sopetón—. Eres igualito que el cantante de Lin Red.

Lambda no supo si eso era bueno o malo. Así que prefirió callarse, que era el consejo más útil de todos los que le habían dado en el entrenamiento.

—Qué pesada estás con ese grupo —protestó Fiona—. Lin Red por aquí, Lin Red por allí... Qué hartura.

—Si pudiera escucharlos se acababa el problema —protestó Maya—. ¡A este paso cuando consiga su disco se va a pasar de moda!

Pero la Agente Z meneó la cabeza.

—Ya sabéis que los dispositivos están absolutamente prohibidos —aseveró—. Con ellos sería muy fácil localizarlos.

—¡Pero si yo solo quiero escuchar sus canciones nuevas!

—Ya conocéis las normas. Lo siento mucho, Maya.

—Más lo siento yo.

La hermana F. se cruzó de brazos, fastidiada. Aunque al ver que nadie le hacía ni caso, fue a echar un vistazo a la autocaravana.

Lucas decidió imitarla, aunque lo hizo muy pegado al auxiliar Lambda. De hecho, mientras ambos avanzaban hacia el hangar no dudó en preguntar:

—¿Y qué pasa cuando entras en la agencia? ¿Te dan un boli tan guay como el del moño de la Agente Z?

* * *

El interior de la autocaravana no era muy distinto del de cualquier autocaravana normal. Pasaba desapercibida con facilidad. Y, tal vez, eso es lo que quería la agencia.

—¡Es igualita que la que tenía mi tía Roberta! —exclamó Lorenzo al verla—. Nos íbamos con ella todos los veranos y cada año la aventura era distinta.



—Qué casualidad. Lo mismito que nosotros con esta agencia —murmuró Ginebra entre dientes.

Esta vez, la Agente Z hizo como que no había escuchado. Se colocó delante de todos los F. para explicar el plan:

—En realidad, la autocaravana no es exactamente la próxima ubicación. Digamos que es el modo más efectivo de llegar hasta el próximo lugar. La usarán solo para el trayecto. En esta ocasión, se transportarán por sí mismos.

—¿Y este cambio de políticas? —protestó Norma—. ¿No sería más fácil que nos trasladaran en una furgoneta como han hecho siempre?

—Digamos que así pasarán más desapercibidos —explicó Z—. Hemos detectado que infiltrarse entre la población da mejores resultados. Además, prefiero dedicar ese presupuesto a mayores comodidades para ustedes.

—Vaya, así que sí es cuestión de dinero...

Ginebra abrió uno de los cajones de la cocina para cotejar lo que había dentro, pero al toparse con la mirada seria de la agente, que no estaba para mucha broma, lo cerró de nuevo.

—Tienen que fingir que van de vacaciones —continuó Z—. El mejor modo de burlar a Mandíbula es hacer-

se pasar por turistas, créanme. Los recientes estudios de la agencia así lo indican.

—Pues apunten en ese estudio que a mí la idea me parece de pena —insistió Norma—. Y si tan estupendo es todo, ¿por qué no se anima y se viene con nosotros? Le hacemos hueco.

—Lo siento, pero eso es imposible —rechazó Z—. He de adelantarme para preparar la llegada a su destino.

21

Norma cerró el pico. Se cruzó de brazos y miró al techo.

—Comprendo que se sientan molestos —insistió la Agente Z—. Pero créanme. Merecerá la pena.

—¡Seguro que sí! —intervino Lorenzo en ese momento—. De verdad que a mí todo esto me parece una idea fantástica. Miradlo por el lado bueno. ¡Podremos explorar por nosotros mismos!

—Bueno... Eso no será así exactamente —intervino Lambda.

—¿Ah, no? ¿Por qué? —preguntó Lorenzo, algo chafado.

—En realidad, tienen un itinerario dirigido. —Lambda se rascó la coronilla mientras respondía.

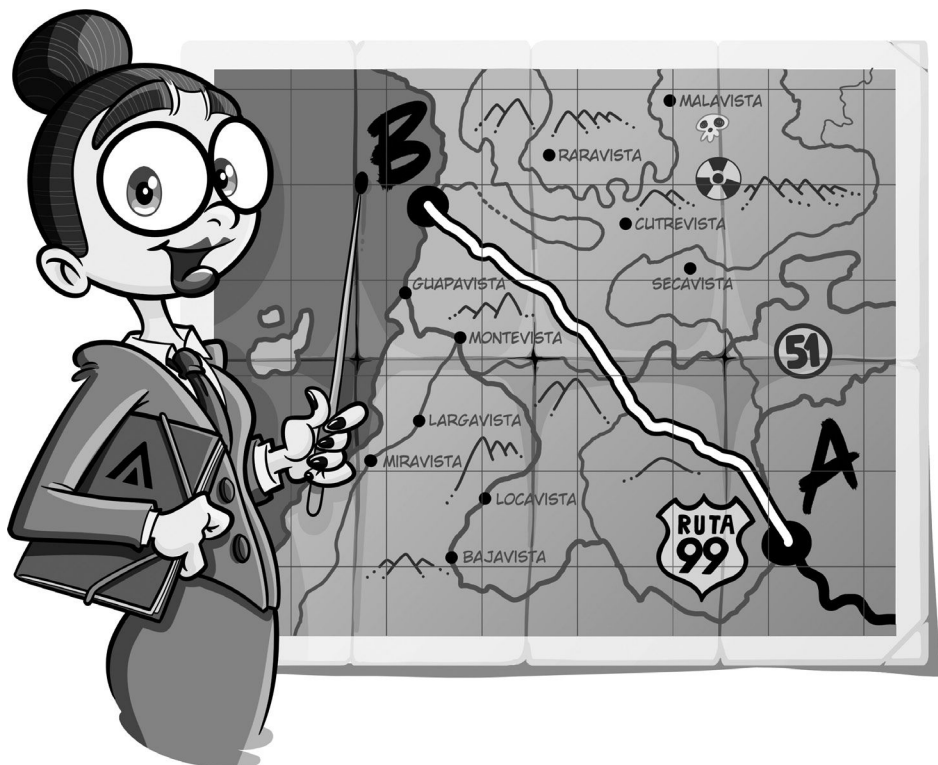


—Sí. Es cierto —asintió la Agente Z—. Lambda, por favor, entrégales el mapa.

El auxiliar asintió. Abrió su carpeta y extrajo un plano doblado en dos partes que desplegó delante de la familia F.

—No tiene pérdida —explicó Lambda señalando el mapa—. Deben ir desde Ciudad A, que es esta donde estamos, hasta Ciudad B*, la que hay en el otro extremo.

22



*(Nota: como comprenderás, tanto Ciudad A como Ciudad B tenían un nombre, pero no es cuestión de dejarlo aquí por escrito. Ya he explicado muchas veces que es fundamental proteger las ubicaciones de los F., así como sus diferentes tapaderas. Por eso nunca podemos decir el nombre de las ciudades, aunque en realidad sí lo tengan. Compréndelo. Son recursos que la Agencia de Asuntos Anónimos puede usar en un futuro para próximos protegidos. Y ya que los pobres hacen la inversión, no les vamos a hacer esa faena).

El caso es que la Agente Z estaba contando cómo completar el recorrido desde Ciudad A hasta Ciudad B:

—Para hacerlo tendrán que atravesar toda la región —explicó señalando el mapa.

La Agente Z señalaba todo el rato la carretera que los F. tenían que recorrer y que cruzaba el mapa de manera horizontal.

—A ver, un momento —interrumpió la abuela—. ¿Quieren que nos apañemos solos para atravesar todo esto? ¡¿Pero es que se han vuelto locos?!

Al oír aquello, la Agente Z intentó calmar los ánimos:



—No temen, de verdad. Es muy sencillo. Solo basta con seguir la ruta 99, que es esta, en línea recta hacia el oeste. ¿Lo ven?

—¿Esta carretera? —preguntó Maya señalando la línea que cruzaba el mapa y que acababa en Ciudad B.

—Así es —confirmó el auxiliar Lambda—. Tendrán que recorrerla por sí mismos, aunque pueden ir parando cuando lo deseen.

24

Parecía que así era en un principio. Maya pensó que tal vez trasladarse en la autocaravana fuera algo divertido. Puede que tomarse eso como unas vacaciones no fuera tan mala idea.

—Hay otra cosa más —añadió la Agente Z—. Y es que les he dejado anotados todos los detalles necesarios. Dónde repostar, dónde dormir, cosillas de interés... ¡Unas auténticas vacaciones! Lorenzo lleva razón, ¡será una gran experiencia!

La Agente Z acababa de señalar todo un desplegable lleno de pósits y anotaciones con recomendaciones. Maya pensó que a la mujer le habría llevado su tiempo prepararlo. No podía dudarse que la Agente Z se tomaba muy en serio su trabajo. Norma, sin embargo, seguía sin verlo

claro, aunque las caras de Lorenzo, de Fiona y de Lucas rebosaban de emoción.

—¡Por cierto! ¡Olvidábamos un detalle! —interrumpió Lambda—. Y es una cosa muy importante.

—Ah, sí, sí. Es cierto.

Lambda acababa de señalar su reloj y la Agente Z había entendido el mensaje. Parecía increíble que todavía hubiera más sorpresas. Pero, en efecto, así era. Había algo más que los F. debían saber:

—Han de tener presente el calendario —explicó la agente—. Es muy importante que completen el recorrido en tres días. Solo entonces han llegar a Ciudad B.

—¿Tres días? —preguntó Norma—. ¿Por qué?

—No podemos revelar esa información, lo siento —respondió Z—. Es clasificada.

En ese momento, Lambda, que estaba visto que se esforzaba por caer bien a los F., amplió un poco la información, aunque tampoco demasiado:

—Dentro de tres días será el momento más adecuado. Deben estar en Ciudad B para que los recojamos. No podemos decir por qué, pero es importante que para entonces estén allí. Ni antes ni después.



Lambda hablaba dejando un aura de misterio tan grande que Maya le miró muy impresionada (la verdad es que Maya no había parado de mirarle en todo el rato, pero en ese momento lo hizo con mayor intensidad).

26 —De todas formas —continuó Lambda—, no deben temer nada. Hay que ir siempre hacia el oeste. ¡La ruta 99 no tiene pérdida! Nosotros les monitorizaremos en todo momento. La autocaravana lleva instalado un dispositivo de localización y los tendremos siempre controlados.

Maya, que continuaba embelesada con el auxiliar Lambda, asintió conforme. Y aunque ella no había caído en algo importante, Fiona, que se fijaba en otras cosas, se apresuró a preguntarlo:

—¿Y qué pasa con nuestras identidades? —preguntó la niña—. Siempre nos dan unas nuevas.

—En esta ocasión serán ustedes mismos —respondió la Agente Z—. No creo que interactúen mucho, aunque es mejor prevenir. Por eso, si les preguntan, eviten decir su nombre. Digan que van de vacaciones. Será mejor así. Ya saben que la regla de oro de la agencia...

—... es no llamar la atención —continuó Ginebra—. Sí, sí, lo de siempre.

Cada vez lo mismo. Los F. estaban más que acostumbrados a las normas básicas de la agencia: no revelar a nadie que eran testigos protegidos, no dar detalles muy precisos y sobre todo y ante todo: no comportarse de forma muy escandalosa. Mandíbula estaba siempre alerta. Su ejército de Caninos podía infiltrarse en cualquier parte. Y era fundamental protegerse con el anonimato para evitar ser capturados.

27

Después de todas esas instrucciones, los F. se quedaron callados. Había tanta intriga en el nuevo plan... Sin embargo, el silencio no duró demasiado.

—De todas maneras —interrumpió Fiona—, ya sé que nos ha dicho que todo es seguro, que no pasa nada y todas esas cosas. Pero imagínense que sí. Que sí que pasa. ¿Qué podemos hacer?

—Eh, eso es verdad —apoyó Maya—. ¿Cómo les podemos avisar?

—Pues... con el número de emergencias, ¿verdad, Agente Z? —Lambda habló a su jefa como si estuviera recitando la lección.



—¿El número de emergencias? —preguntó Lorenzo, sin comprender.

—Sí, bueno. Es un recurso reciente —explicó ella—. Lambda, enséñales el teléfono.

28 Dicho y hecho. Lambda pidió a Ginebra que se apartara y abrió la puerta de uno de los muebles de la autocaravana. De ahí sacó un maletín con un cable en espiral del que colgaba un teléfono enorme.

—Pero esto es... una antigualla —protestó Norma.

—Tiene casi más años que yo —confirmó Ginebra.

—Es un modelo antiguo, así es —asintió la Agente Z—. Pero es el mecanismo más seguro. Ni GPS ni dispositivos que puedan localizarlos. Quiero que entiendan que solo pueden usar esto como emergencia. Hacerlo es arriesgado.

Resultaba que, además, la agencia había habilitado un número secreto para urgencias. Los F. debían memorizarlo y solo hacer uso de él en casos extremos.

—Pero ya les digo que pueden estar tranquilos —insistió la agente—. No les hará ninguna falta.

Z comunicó a los F. el número que debían marcar en ese caso tan improbable de necesitarlo. Era muy fácil y

muy cortito. Aunque, como comprenderás, me está prohibido reproducirlo. ¡La gente no haría más que llamar para comprobar si el número funciona!

Lambda explicó a los F. cómo hacer la llamada. Cuando los atendieran, solo debían mencionar el nombre en clave de su operación. Que en ese caso era «Viaje salvaje». La agencia haría el resto.

Norma solo deseó que si había una emergencia no se encargara el auxiliar. Ya estaba acostumbrada a la Agente Z. Prefería que ella les llevara los asuntos directamente. Aunque también entendía que estaría sobrepasada de trabajo. Tal vez por eso le habían puesto un ayudante.

—De acuerdo —respondió conforme—. Espero que no necesitemos avisarlos.

—Ya verán como no —respondió Z tras algo que podía interpretarse como una sonrisa.

—Pues oíd —interrumpió Fiona—. A mí me gusta la idea esa de ir en autocaravana. Puede ser divertido. Ahora solo tendré que decidir cuál es mi cama.

—Entonces estaremos aquí hasta mañana... —se burló Lucas—. Y llegaremos tarde a Ciudad B.

—Oh, vamos, cállate.



Fiona no quiso seguirle el juego a su hermano. En lugar de eso, se subió a la cama que había sobre la cabina e informó al resto de la familia que ahí dormiría ella. La Agente Z, al ver que los hermanos F. habían vuelto a la normalidad, supuso que la tarea de información había quedado completada. Aunque prefirió asegurarse:

30 —Entonces, ¿todo claro? —preguntó—. ¿Alguna duda más?

—Yo creo que no —dijo Lorenzo haciéndose cargo del mapa—. No habrá problema. Nos veremos en Ciudad B dentro de tres días. ¡Ya veréis lo bien que lo vamos a pasar!

* * *

Puede que aquella fuera la operación más extraña de todas las que los F. habían protagonizado. ¿Por qué esas normas tan específicas? Norma no estaba para nada convencida.

Las instrucciones eran llegar a Ciudad B al cabo de tres días. Ni antes ni después. ¿Qué sentido tenía? Y, sobre todo, ¿por qué? No era normal que les proporcionaran un plazo sin darles ninguna explicación. Era la

primera vez que les ordenaban algo tan raro sin explicarles nada. ¿Acaso no confiaban en ellos?

Lorenzo, por su parte, opinaba un poco lo mismo que Norma, aunque se convenció de que el viaje en la autocaravana era una de las cosas buenas de la experiencia.

Ya sabrás que cualquier asunto de la vida tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Pasa así en cualquier tema que se te ocurra. Salir a pasear al campo tiene la cosa buena de disfrutar de la naturaleza, pero también la cosa mala de estornudar mucho si las flores te dan alergia. Darte un atracón de helado tiene la cosa buena de probar a la vez infinidad de sabores, pero también la cosa mala de que puedes empacharte. Hay muchísimos más ejemplos, como comprenderás. Supongo que sabes lo que quiero decir.

Lorenzo era de esas personas que preferían fijarse en las cosas buenas. Le encantaban todos los sabores de helado y, por mucho que estornudara, siempre se alegraba por haber disfrutado del campo, el aire puro y los animales. Así que con este asunto sucedió un poco lo mismo.

El padre de los F. sabía que tenían un plazo, que iban a recorrer la región haciendo caso a un mapa, que debían



hacerlo en secreto y con el miedo de que Mandíbula los atrapara (que son muchas cosas malas de golpe), pero, aun así, Lorenzo prefería ilusionarse. Viajarían todos juntos en una autocaravana y explorarían nuevos territorios. ¡Sería como estar de vacaciones! Sí, sin duda, aquel era un buen plan.

32 Antes de marcharse, la Agente Z les explicó todo lo necesario sobre la autocaravana: el modo de arranque, compartimentos, baño, depósitos... El vehículo tenía muchos vericuetos y no estaba mal dar una explicación rápida por si las moscas.

Todos los F. prestaron atención a las indicaciones. Bueno, todos menos Norma, que después de subir su maleta a bordo se sentó a leer una revista como si la cosa no fuera con ella.

—De todas maneras, si más tarde quieren echar un vistazo, todo está explicado en el manual. —La Agente Z habló mirando a Norma de reojo—. Pueden repasarlo cuando quieran.

Al ver que la madre F. ni se había inmutado, Lorenzo cogió él mismo el manual de la mano de la Agente Z.

—Lo dejaremos en la guantera —anunció.

Después de tantas explicaciones, todo estaba listo. Lorenzo pidió ser el primero en conducir. Se acomodó en el asiento, giró la llave para el arranque y pisó dos veces el acelerador para comprobar el motor.

—¡Ya le dije que va como la seda! —exclamó la Agente Z desde el exterior—. Y no hace falta que se lo advierta, ¡pero tenga mucha precaución al volante! Nos vemos en tres días. ¡Que tengan buen viaje!

33

Lorenzo sonrió. Y, tras hacer un saludo en la frente como los capitanes de los barcos, metió la marcha para empezar la aventura.

La Agente Z y el auxiliar Lambda agitaron la mano desde la acera mientras veían la autocaravana alejarse. Y, aunque mantenía la sonrisa, eso no impidió que Z lanzara a su becario una advertencia:

—Estate muy pendiente de ellos de aquí en adelante —murmuró entre dientes—. No sería la primera vez que se meten en problemas. Con los F. nunca se sabe.

